



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Complejidad: una realidad estratégica

Discurso pronunciado por D. José Enrique Fojón Lagoa, con motivo de su ingreso como Académico de Número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, el día 8 de abril de 2026.

El colapso de la Unión Soviética supuso una de las transformaciones más dramáticas en la Historia Moderna. No fue meramente la desintegración de un Estado, más bien la implosión de un sistema de naturaleza política, económica e ideológica que había estructurado la política global por medio siglo.

El colapso fue globalmente interpretado como el fin definitivo de la bipolaridad ideológica. La desaparición de un polo de ideología competitiva transformó las Relaciones Internacionales desde una rivalidad estructural a un aparente sistema unificado. Mayoritariamente, se asumió que el conflicto había sido una herramienta de naturaleza ideológica y que su desaparición conduciría forzosamente a la armonía.

Esta interpretación ocultó realidades críticas, el colapso no eliminó el poder político, simplemente removió un polo. Las estructuras que habían condicionado la competición se desmantelaron antes de que se habilitasen nuevos mecanismos para sustituirlas. La estabilidad conseguida por una disciplina bipolar fue sustituida por incertidumbre enmascarada de libertad.

El colapso de la Unión Soviética significó un final y un comienzo. El fin de la Guerra Fría no generó una alternativa estable. La asunción que la desaparición de uno de

los rivales significaba la de la confrontación en general, constituyó el grave error del momento posterior a la Guerra Fría.

El declive y la caída del llamado orden internacional basado en normas de la Posguerra Fría, pasó rápidamente de ser una profecía o una especulación a un hecho directamente observable.

Unipolaridad

La consecuencia inmediata del colapso soviético fue la implantación de una estructura mundial unipolar. Por primera vez en la Historia Moderna, un Estado, Estados Unidos, ejercía la superioridad estratégica, económica, tecnológica y la influencia institucional. De esta manera, se conformó el liderazgo global desde una gestión compartida a un liderazgo unificado, consecuencia de una conducta potenciada por resultados ágiles apoyados en el funcionamiento de las instituciones globales.

Con el tiempo, la unipolaridad alteró los incentivos, dado que sin un competidor surgen vulnerabilidades. Puede decirse que el vacío entre la «ética» predicada y las políticas aplicadas, se amplió, debido a la creciente inadecuación de las normas internacionales.

El momento unipolar sostuvo la complacencia estratégica que asumía que ningún rival podía alterarla. Con el tiempo, el conflicto emergió en nuevas versiones, como la resistencia, los estados que se sintieron discriminados buscaron vías alternativas de seguridad e influencia, con ello, la unipolaridad más que eliminar las rivalidades la promovieron. El optimismo de la era posterior a la Guerra Fría se tornó en desilusión.

Globalización y democracia liberal

Simultáneamente con el advenimiento de la unipolaridad, se desarrolló la Globalización. La integración económica se aceleró a un ritmo sin precedentes conformando la producción, el comercio, las finanzas y las comunicaciones. La Globalización fue vista como causa y consecuencia del orden de la Posguerra Fría.

La causa de la Globalización residía en la interdependencia. Se esperaba que la interacción económica reduciría los conflictos mediante la coincidencia de intereses. Comercio, inversiones y prosperidad se veían como incentivos para la colaboración. Se consideró que la racionalidad económica anularía la rivalidad política.

Al principio, la Globalización aportó ganancias significativas. Además de la expansión del mercado, la difusión tecnológica y la salida de la pobreza de millones de personas. Las cadenas de abastecimiento eran globales y los mercados se conectaron. No obstante, la Globalización produjo desigualdades que intensificaron las vulnerabilidades económicas. Estas disparidades minaron la cohesión social y la estabilidad política.

Políticamente, la Globalización creó tensiones entre la integración económica y el proceso democrático. Las decisiones políticas se tomaban fuera de las fronteras de millones de personas, incrementando el escepticismo sobre el gobierno global.

Las crisis redujeron la confianza en la globalización debilitándola y los estados reconsideraron el coste de la dependencia. La expansión de la globalización produjo tanto integración como fragmentación. Conectó economías y dividió a sociedades. La creencia de que la Globalización conseguiría un orden mundial de paz, infravaloró sus efectos perversos.

Uno de los dogmas más poderosos e influyentes de la era Posguerra Fría fue la creencia de que la democracia liberal representaba la forma final y universal de la organización política. Con el colapso de la rivalidad ideológica, divulgado por Fukuyama, muchos políticos, profesores e instituciones, concluyeron que la Historia política había alcanzado su fin. La democracia liberal, combinada con el capitalismo, era ampliamente considerada, no meramente un sistema entre varios, sino el destino inevitable de todas las sociedades.

Esta creencia fue anclada en la experiencia de finales del siglo veinte, los estados socialdemócratas aparentaban combinar estabilidad política, prosperidad económica, innovación tecnológica y libertad individual. El contraste entre su relumbramiento y el colapso de los sistemas socialistas reforzaron la percepción de inherente superioridad. La democracia dejó de considerarse como una contingencia histórica, era el destino universalmente válido.

Desigualdad

Una de las más duraderas y desestabilizadoras debilidades estructurales de la globalización, fue la persistencia de la desigualdad entre estados. Mientras, la globalización sacaba de la pobreza a miles de personas, sus beneficios se distribuyeron desigualmente entre regiones y sociedades.

Algunos países, como China e India, se integraron en los mercados globales, aprovechando inversiones y tecnología para acelerar el desarrollo. Otros permanecieron marginales, constreñidos por instituciones obsoletas,

infraestructuras insuficientes y comercio desfavorable. La Globalización, en algunos casos, también reforzó las desigualdades.

Las debilidades de la globalización estaban sólidamente integradas en su estructura. Descontento social y polarización política reflejaron el fallo de alinear cambio económico con estabilidad social. La pérdida de soberanía económica, provocó las limitaciones de la integración de los mercados sin control político.

Esas debilidades no emergieron de repente. Se acumularon gradualmente, simuladas con crecimiento y optimismo. Cuando se producían, ocurrían problemas, la fragilidad básica se ponía de manifiesto. La Globalización cambió desde una promesa de estabilidad a una fuente de inseguridad.

Multilateralismo

El multilateralismo fue el centro del orden mundial tras la Segunda Guerra Mundial, descansa en la creencia que la cooperación entre múltiples estados, en instituciones compartidas, con las reglas y procedimientos pueden gestionar conflictos, promover estabilidad y hacer frente a retos comunes. El multilateralismo funcionó, durante décadas, como un mecanismo práctico para coordinar y como una norma ideal que simbolizaba la responsabilidad compartida.

En las décadas siguientes al final de la Guerra Fría la confianza en el multilateralismo decayó estrepitosamente. Sus instituciones se convirtieron en irrelevantes, lo que demostró su inadecuación. El vacío entre las promesas institucionales y su eficacia, produjo desconfianza e inecuación, lo que promovió el declive.

El declive en la confianza de instituciones globales es multidimensional al ser producido por ineficiencias estructurales, reglas de enfrentamiento seleccionadas, parálisis institucional y percepción pública variable. El aumento de alternativas regionales, refleja tanto adaptación como fragmentación, mientras las crisis de legitimidad revelaban un profundo descontento social.

Conflicto armado

Uno de los más relevantes desarrollos de comienzos del siglo XXI fue el progresivo cambio de actitudes hacia el conflicto armado. En las décadas inmediatas tras la Guerra Fría, la guerra era considerada un anacronismo, un error de la diplomacia y no un legítimo instrumento político. La memoria colectiva de dos Guerras Mundiales, la confrontación nuclear y la rivalidad ideológica, produjeron un amplio

consenso en el sentido de que el enfrentamiento armado entre estados debería evitarse a cualquier precio.

Estas restricciones normativas no emergieron de manera espontánea, fueron producto de traumas históricos, aprendizaje institucional y cálculo estratégico. La guerra, entre grandes potencias, fue considerada impredecible, costosa y potencialmente catastrófica. Los líderes políticos consideran la contención algo racional, moral y moderada.

Con el tiempo esta percepción empezó a cambiar, la ausencia de una guerra a gran escala produjo el efecto de declive de la experiencia y de la percepción de riesgos. Una generación de políticos emergió sin gestionar un conflicto existencial mientras la guerra perdía su estigma.

La erosión de la confianza institucional y de los mecanismos multilaterales, alteraron las actitudes. Cuando los foros diplomáticos parecieron inútiles y los comités legales perdieron la confianza, se cuestionó el valor de la templanza. Las Fuerzas Armadas regresaron como un medio de adquirir claridad donde las negociaciones producen ambigüedad.

El desarrollo tecnológico también modificó las percepciones. Armas de precisión, sistemas de vigilancia y guerra remota, crearon la ilusión de que el conflicto podía ser controlado, limitado y purgado. A partir de ese momento, la guerra dejó de considerarse únicamente como una masa de destrucción y se contempló como un instrumento calibrado, capaz de desarrollar resultados estratégicos sin consecuencias catastróficas.

Las narrativas políticas cambiaron siguiendo las pautas del tiempo. La acción militar fue considerada decisiva, eficaz y necesaria para restaurar orden o credibilidad. La guerra volvió a entrar en los discursos como una opción, no como un error. No significa un retorno a la violencia, más bien, una gradual apreciación del riesgo. La guerra llegó a ser considerada según para lo que pudiese emplearse.

Empleo de la Fuerza

Durante más de dos siglos, los estrategas militares habían recurrido al concepto de la «Trilogía extraordinaria» de Carl von Clausewitz, que sostenía que la guerra surge de la interacción dinámica de tres fuerzas: la razón, la pasión y la probabilidad, encarnadas en el Estado, el pueblo y las Fuerzas Armadas.

De la experiencia de Estados Unidos y de sus aliados se deduce que, en las últimas dos décadas, el equilibrio triangular se ha erosionado. Las guerras en Irak y

Afganistán, en particular los fracasos estratégicos que siguieron a las victorias iniciales en el campo de batalla, revelan un problema estructural más profundo: la deformación gradual de la Trinidad de Clausewitz en las sociedades democráticas modernas.

Las Fuerzas Armadas occidentales se han convertido en instrumentos valiosos por su excelencia operacional y táctica. Sin embargo, los sistemas políticos que autorizan el empleo de las capacidades militares se han vuelto cada vez más cortoplacistas en su perspectiva estratégica, mientras que las sociedades que sustentan esas guerras se han ido distanciando progresivamente de los propósitos estratégicos que las motivan. La Trinidad ya no es equilátera, se ha desequilibrado, motivando la disfunción estratégica que ha lastrado las intervenciones militares occidentales en el siglo XXI

La normalización del empleo de la fuerza militar representa uno de los mayores hitos de la política global. El poder militar ha cambiado de un instrumento de disuasión a un activo instrumento de Estado. Este cambio ha sido progresivo, sin anuncios, pero sus efectos son profundos. La normalización empieza cuando el empleo de la fuerza se convierte en rutina.

Despliegues, ataques e intervenciones se consideran decisiones técnicas más que dilemas morales. Los discursos se adaptan, considerando el conflicto como parte de las Relaciones Internacionales. La distancia entre la toma de decisiones y la violencia disminuye el impacto psicológico.

El marco legal se ha reinterpretado. Conceptos tales como autodefensa, prevención y necesidad de seguridad se han ampliado. Esas reinterpretaciones crean un espacio legal para la acción mientras mantienen la apariencia de obediencia.

El retorno de la guerra como una herramienta de la política de estado, implica principalmente peligros, entre ellos destaca el riesgo de errores de cálculo y la escalada. La Historia demuestra que la guerra no se desarrolla como estaba planeada. No obstante, la toma contemporánea de decisiones, a menudo, asume contar con control, predicción y reversibilidad.

Cuando los futuros especulativos se convierten en realidad

Hace unos años se comenzó a experimentar con enfoques inusuales de prospección estratégica. Durante gran parte de la era moderna, la ventaja estratégica se ha basado en una ecuación conocida: «mejor información, procesada más rápidamente por instituciones capaces, daría como resultado un

juicio superior». Desde la Ilustración hasta la Guerra Fría, esta premisa sustentó todo, desde la racionalidad burocrática hasta la teoría de la disuasión.

Sin embargo, hoy en día, esa ecuación ya no es válida. La información abunda, pero no es fiable; la velocidad es omnipresente, pero desestabilizadora; y las herramientas analíticas generan cada vez más resultados que recuerdan el autoritarismo, al tiempo que disuelven silenciosamente los fundamentos probatorios en los que se basa la estrategia.

Lo que ha surgido de la experimentación aplicada reciente no es una historia de Inteligencia Artificial reemplazando a los analistas humanos, ni de humanos corrigiendo heroicamente los errores de las máquinas. En cambio, se trata del nacimiento de lo que podría denominarse «cognición compuesta»: una asociación asimétrica y regulada en la que las máquinas aceleran la estructura y la escala, mientras que los humanos conservan la responsabilidad del significado, la evidencia y las consecuencias.

En un escenario especulativo, el conflicto regional en Oriente Medio, no se limita a su campo de batalla inicial, en cambio se propagó a través de estrechos marítimos, redes financieras, mercados energéticos, sistemas cibernéticos y alianzas políticas. La confrontación militar en ese escenario desencadenó perturbaciones en cascada en los sistemas globales: el estrecho de Ormuz, el mar Rojo, las cadenas de suministro del Mediterráneo, los flujos energéticos hacia Europa y Asia, y los frágiles equilibrios políticos de varios estados aliados.

Al comienzo, el escenario era peligroso, pero distante. Hoy en día, ya es realidad, pues genera informes de situación estratégica y operaciones, acortando las especulaciones. La alta confrontación entre Estados Unidos e Israel con Irán, no es otra más de las guerras de Oriente Medio. Es algo más trascendental: la aparición de lo que podría llamarse una guerra compleja, un conflicto en el que las hostilidades militares en una región desencadenan perturbaciones en cascada en múltiples sistemas interconectados del orden global. Lo que está en marcha no es sólo la típica guerra, es una guerra por contagio.

La geografía de la guerra compleja

Los conflictos militares tradicionales están delimitados geográficamente. Los ejércitos luchan en campos de batalla identificables, las fuerzas navales disputan zonas marítimas específicas y las guerras tienen frentes. Las guerras complejas no se comportan de esa manera. En entornos de conflicto complejo, el campo de batalla se expande a través de sistemas, no de territorios. Las operaciones militares se convierten en un componente de una lucha más amplia que incluye presión

económica, disrupción marítima, operaciones cibernéticas, redes de intermediarios, coerción política y guerra narrativa.

La confrontación entre Israel, Estados Unidos e Irán ilustra claramente esta dinámica. Los enfrentamientos militares entre las fuerzas israelíes e iraníes, y el creciente papel de Estados Unidos en la protección marítima y la disuasión regional, han tenido repercusiones en varios ámbitos estratégicos.

La más visible de ellas es la seguridad marítima. El Golfo Pérsico, el Estrecho de Ormuz, el Mar Rojo y el Mediterráneo Oriental forman una de las sendas más críticas de la economía global. Casi una quinta parte del petróleo comercializado a nivel mundial se transporta únicamente por el Estrecho de Ormuz, y *las «perturbaciones»* allí repercuten rápidamente en los mercados energéticos mundiales, las presiones inflacionarias y la estabilidad política de las economías aliadas. Estos puntos de estrangulamiento marítimos funcionan como «arterias del sistema global». También son especialmente vulnerables a las perturbaciones. Desde hace tiempo, Irán ha invertido en capacidades marítimas asimétricas diseñadas precisamente para explotar estas vulnerabilidades. Los ataques en enjambre con pequeñas lanchas rápidas, minas navales, misiles antibuque desplegados en baterías costeras, sistemas no tripulados y fuerzas marítimas subsidiarias proporcionan a Teherán un medio para amenazar el comercio global sin enfrentarse directamente a la Armada de Estados Unidos. Estas herramientas no están destinadas a derrotar el poder marítimo estadounidense. Su objetivo es desestabilizar los bienes comunes globales.

El colapso del escudo proxy de Irán

Sin embargo, uno de los avances más significativos en el actual conflicto ha sido el desmantelamiento sistemático de la red de intermediarios de Irán. Durante décadas, la estrategia regional de Teherán se basó en lo que podría denominarse disuasión distribuida. Hezbolá en el Líbano, las milicias chiíes en Iraq, los hutíes en Yemen y redes afiliadas en Siria y el Golfo Pérsico formaron una constelación de actores armados capaces de proyectar la influencia iraní sin requerir una confrontación militar directa con Israel o Estados Unidos. Esta red permitió a Irán ampliar los conflictos horizontalmente. Un ataque contra los intereses iraníes en un escenario podía desencadenar represalias en varios otros.

Pero las recientes operaciones israelíes, apoyadas directa o indirectamente por la inteligencia, la logística y la postura de fuerza regional de Estados Unidos, han empezado a degradar esta arquitectura. Se han eliminado altos mandos e interrumpido los canales de suministro de armas. La infraestructura que apoya la

coordinación indirecta se ha degradado. Las interdicciones marítimas han limitado el movimiento de sistemas de armas avanzados.

El efecto es paradójico

A corto plazo, el debilitamiento de la red de intermediarios de Irán reduce la capacidad de Teherán para librar una «guerra distribuida». Pero a largo plazo, la erosión de estas defensas aumenta la probabilidad de una confrontación más directa entre Estados.

Las redes proxy funcionaron históricamente como amortiguadores en los conflictos regionales. Su desmantelamiento reduce las vías de escalada, concentrando la confrontación más directamente entre Israel, Irán y, cada vez más, Estados Unidos. El resultado puede ser menos ataques indirectos, pero una escalada de mayor riesgo a medida que se desarrolla la confrontación.

La guerra y los bienes comunes globales

Las consecuencias estratégicas del conflicto se extienden mucho más allá de Oriente Medio. Durante décadas, Estados Unidos ha servido como garante de facto de los bienes comunes globales: la potencia responsable de mantener rutas marítimas abiertas, redes financieras estables y corredores logísticos seguros que sustentan el comercio internacional.

Este rol constituyó la columna vertebral del sistema internacional posterior a 1945. El poder naval estadounidense aseguró las arterias marítimas del mundo. Las instituciones financieras estadounidenses anclaron los mercados globales. Las alianzas estadounidenses proporcionaron la arquitectura de seguridad mediante la cual se expandió la globalización económica. Pero las guerras complejas amenazan precisamente estas estructuras. La estrategia de Irán no busca derrotar militarmente a Estados Unidos. Busca aumentar el coste de mantener el sistema global que sustenta el poder estadounidense.

Los ataques a los barcos en el Mar Rojo, el acoso a buques en el Golfo Pérsico, las operaciones cibernéticas contra la infraestructura y los ataques indirectos contra instalaciones energéticas, tienen el mismo propósito estratégico: erosionar la confianza en la estabilidad de los bienes comunes globales. Cuanto más impredecibles se vuelven estos sistemas, más difícil resulta para cualquier potencia, incluso una tan capaz como Estados Unidos, garantizar su estabilidad.

La crisis de identidad estratégica de la hegemonía

Este desafío se agrava por una transformación más profunda que está en marcha dentro de la propia estrategia estadounidense. Durante gran parte de la era posterior a la Guerra Fría, Estados Unidos consideró su papel como «gestor del sistema internacional». Los líderes estadounidenses a menudo justificaron la presencia militar global y los compromisos de alianza como necesarios para mantener la seguridad colectiva y la estabilidad económica.

Pero en los últimos años, la postura estratégica de Washington ha comenzado a cambiar. Las presiones políticas internas, las restricciones fiscales y el creciente escepticismo sobre los compromisos globales han impulsado la política estadounidense hacia una orientación más transaccional y económicamente nacionalista. Las sucesivas administraciones han enmarcado cada vez más las alianzas en términos de reparto de cargas, ventaja económica e interés nacional, en lugar de la gestión colectiva del sistema.

Esta evolución no significa que Estados Unidos haya abandonado el liderazgo global, pero sí ha comenzado a transformar el carácter de dicho liderazgo. Un poder que antes era visto, principalmente, como administrador del sistema aparece cada vez más, al menos para algunos aliados y adversarios, como un disruptor del sistema. Los conflictos comerciales con los aliados, las garantías de seguridad condicionales, la política industrial que reconfigura las cadenas de suministro mundiales y la aplicación selectiva de normas internacionales contribuyen a esta percepción.

En un mundo que ya experimenta crisis compuestas, estos cambios tienen consecuencias estratégicas. Si el garante del sistema se vuelve inseguro respecto de su compromiso con ese rol, la estabilidad sistémica se torna más difícil de sostener.

El precedente del Mar Rojo

La naturaleza en cascada de los «conflictos compuestos» ya es visible en el ámbito marítimo. Los ataques a la navegación comercial en el Mar Rojo han obligado a varias importantes navieras a desviar sus buques alrededor del Cabo de Buena Esperanza en lugar de transitar por el Canal de Suez. Este desvío añade miles de kilómetros a las rutas marítimas entre Europa y Asia, incrementando los tiempos de tránsito, los costos de combustible y las primas de seguros. Los efectos económicos se extienden hacia el exterior. Los retrasos en los envíos interrumpen las cadenas de suministro. La volatilidad de los precios de la energía alimenta la inflación. Los mercados de seguros ajustan las primas por riesgo de guerra. Las presiones

políticas aumentan en sociedades democráticas ya sometidas a la incertidumbre económica.

Lo que comienza como un incidente de seguridad localizado se convierte en una perturbación económica global. En el entorno de seguridad contemporáneo, el riesgo no se acumula linealmente: se compone.

El dilema del *hegemón*

Para Estados Unidos, las guerras complejas plantean un profundo dilema estratégico. La doctrina militar y la estructura de fuerza estadounidenses fueron diseñadas para guerras con teatros de operaciones y adversarios identificables. Sin embargo, los conflictos complejos imponen exigencias simultáneas en múltiples regiones.

Los grupos de ataque de portaaviones avanzan hacia el Mediterráneo Oriental, mientras que las patrullas marítimas se expanden en el Mar Rojo y el Golfo. Al mismo tiempo, las fuerzas navales deben mantener su presencia en el Pacífico Occidental, donde los líderes chinos vigilan atentamente los patrones de asignación de fuerzas estadounidenses. La profundidad estratégica se vuelve escasa.

Los conflictos modernos también emplean municiones de precisión a un ritmo extraordinario. Los interceptores de misiles desplegados en Oriente Medio provienen de la misma base industrial que suministra sistemas de defensa aérea a Ucrania y a posibles contingencias en el estrecho de Taiwán. Los ciclos de producción industrial operan en la escala de años. El consumo de conflictos opera en escala de semanas. La tensión resultante no es meramente logística, es estratégica.

El regreso de la guerra de contagio

La Historia ofrece precedentes de conflictos que se expanden más allá de su geografía inicial. Pero el mundo actual está más interconectado que en cualquier época anterior. Los mercados energéticos, los sistemas financieros, los corredores logísticos y la infraestructura digital unen a las sociedades de manera que transmiten las perturbaciones rápidamente entre continentes. En un entorno así, la guerra se comporta menos como un acontecimiento contenido que como un «proceso de contagio», la confrontación militar se convierte en la infección inicial.

Por lo tanto, el conflicto entre Estados Unidos, Israel e Irán representa algo más que una simple guerra regional. Es un atisbo del entorno estratégico que podría definir la situación de la primera mitad del siglo XXI. Es probable que los conflictos

futuros sean conflictos compuestos: guerras que se desarrollen simultáneamente en los ámbitos militar, económico, tecnológico y político. En este tipo de guerras, la cuestión decisiva no será simplemente quién gane en el campo de batalla. La cuestión será: qué sistemas políticos podrán absorber las disrupciones y adaptarse más rápidamente que sus rivales.

Para Estados Unidos, mantener su papel como garante del patrimonio común global requerirá algo más que superioridad militar. Requerirá una renovada claridad estratégica sobre la finalidad del ejercicio del poder estadounidense. Si Washington desea seguir siendo la fuerza estabilizadora del sistema, debe sostener las alianzas, las instituciones y la capacidad tecno-industrial que sustentan ese papel.

Si continúa desplazándose hacia el nacionalismo transaccional, el resultado puede no ser la decadencia estadounidense en el sentido tradicional. Pero podría producir algo más peligroso: un mundo sin un administrador de sistema confiable precisamente en el momento en que las crisis globales se tornan más interconectadas. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2025